IIª Conferencia Internacional en Buenos Aires, Primera Conferencia Nacional "Chesterton, la educación y la economía sensata", organizada por el Institute G.K.Chesterton for faith and cultura y la Sociedad Chestertoniana Argentina. Buenos Aires, octubre 2006.

Chesterton y los arquetipos del pasado

Prof. Andrea Greco de Álvarez

Introducción

Gilbert K. Chesterton dividió su ensayo *Lo que está mal en el mundo*, en 5 partes, a saber: 1- El desamparo del hombre, 2- El imperialismo o el error acerca del hombre, 3- El feminismo o el error acerca de la mujer, 4- La educación o el error acerca del niño, 5- El hogar del hombre. En la primera parte hay un capítulo, el IV, que se llama "El miedo al pasado". Es de este texto que queremos extraer algunos comentarios que se vinculan con nuestro quehacer pedagógico.

Toda tarea educativa debe tender hacia el cultivo, desarrollo, transmisión y posesión de valores. Si entendemos a la educación como el proceso o movimiento interno del hombre que resulta del encuentro entre su dinamismo interior y capacidad de autoconducirse y los auxilios deliberadamente perfectivos que inciden sobre él para lograr su plenitud, es claro que el papel de los valores es esencial.

Lamentablemente, creemos observar que se habla mucho de los valores, pero se hace poco para que verdaderamente estos presidan la tarea áulica. Si analizamos en detalle las propuestas curriculares de la transformación educativa, vemos que el lugar destinado a los valores es el sitio, algo abstracto, de los contenidos actitudinales, en su mayoría transversales a todas las áreas y materias. Pero no se ve un espacio propicio para la ardua tarea de cultivo de los valores específicos que se vinculan con cada área de la educación y aún con cada materia.

Por medio de esta ponencia, queremos hacer algún aporte acerca de uno de esos valores específicos que se relacionan con el área de las materias humanísticas y de la historia en particular: la contemplación de los arquetipos del pasado. No creemos agotar -ni mucho menos- los valores posibles de trabajar desde la historia, simplemente proponemos un criterio pedagógico que visualiza a este como clave para contribuir a que nuestros alumnos puedan encontrar, desde los valores universales, el sentido de la vida.

El miedo al pasado

Chesterton, critica a la mentalidad moderna que se complace en proyectarse hacia el futuro en lanzarse hacia lo porvenir. Parte de la observación del auge de la novela futurista, el hombre moderno dice, no conserva la memoria de sus abuelos pero se encuentra enfrascado tratando de escribir la biografía de su tataranieto. Y asevera que este culto al futuro no sólo es la debilidad, sino también la cobardía de la época. Dice el escritor inglés:

"La mentalidad moderna se ve lanzada hacia el futuro por una cierta sensación de cansancio no sin mezcla de terror, con la cual contempla el pasado […] Y el estímulo que tan premiosamente lo guía, no es el amor al futuro [...] Es más bien el temor al pasado, temor no solamente a los males del pasado, sino también a los bienes del pasado. La inteligencia no puede aguantar las insoportables virtudes de la humanidad. Ha habido tantas creencias ardientes que no podemos sostener, tantos rudos heroísmos que no podemos imitar, tantas grandes hazañas, obras monumentales o glorias militarse que nos parecen sublimes y patéticas a la vez... El futuro es nuestro refugio ante la feroz competencia que nos hacen nuestros antepasados [...] El futuro es un muro en blanco donde cada cual puede escribir su propio nombre todo lo grande que quiera. Al pasado lo encontramos ya cubierto de ilegibles garabatos: Platón, Isaías, Shakespeare, Miguel Ángel, Napoleón. Puedo hacer el futuro tan estrecho como lo soy yo mismo. El pasado está obligado a ser tan anchuroso y turbulento como la humanidad. Y el significado último de esta actitud moderna es en verdad el siguiente es en verdad el siguiente: los hombres inventan nuevos ideales porque no se atreven con los antiguos. Miran con entusiasmo hacia adelante porque tienen miedo de mirar hacia atrás"[1].

En consonancia con esta actitud que agudamente critica Chesterton existe hoy toda una tendencia en la educación y en la misma historia que tiende a desviar la mirada del pasado. En

[1] CHESTERTON, Gilbert. *Lo que está mal en el mundo*. En *Obras Completas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1967, t.1, p. 697-704.

educación porque la prioridad la tienen los análisis sociológicos y económicos y no el estudio de la historia. En la Historia misma porque como disciplina científica se ha desvirtuado de su objeto y hoy se presenta más atenta a las sociedades que al hombre que las forma y que las ha transformado; al presente y al futuro que al pasado que la constituye.

Le enseñanza de la historia

El fundamento esencial sobre el cual debe desarrollarse la enseñanza de la historia es la filosofía de la misma. Esto convierte a la historia en una disciplina formativa y no meramente informativa. Lo que importa es el sentido de la historia, el motor espiritual del acontecimiento y la conducta y destino que señala. Para comprender este sentido es necesario preguntarse acerca de ¿qué es la Historia?

Si interrogamos a un grupo de personas sobre qué es la historia, en general, las respuestas se dividen entre los que definen a la historia como materia: "lo que ha sucedido en el pasado" y los que la definen como ciencia: "la ciencia que se ocupa del pasado". Quienes dan la respuesta no siempre advierten la diferencia esencial entre ambas definiciones. Porque la historia se define *como ser* –en este orden, reconocemos en la historia el plan de Dios que se realiza en el tiempo y el espacio, tanto para la humanidad como para la vida de las naciones, ese plan está constituido por grandes acontecimientos, importantes, trascendentes del pasado humano–; pero también se define *como conocer*, –en este sentido, es la ciencia que estudia esos hechos trascendentes del pasado humano–.

El definir así a la historia tiene sus consecuencias prácticas. La definición de la historia *como ser* nos obligará a procurar que nuestros alumnos contemplen la verdad teológica de que hay un plan providencial que se desenvuelve en el tiempo. Y la definición *como conocer* nos obliga a que la historia que llevamos al aula no sea la de una serie de hechos difusamente humanos, como respirar, alimentar o vestirse sino de hechos en los que resplandezcan las altas potencialidades del espíritu humano y de estos, aquellos que por su relevancia se han convertido en trascendentes.

Pero para comprender el sentido de la historia también cabe preguntarse ¿para qué? Esta pregunta nos ubica ante el tema de las virtudes educativas de la historia. Desde el punto de vista formativo posibilita que el alumno logre, entre otras cosas:

- el arraigo a su cultura cuando estudia la historia nacional,
- comprender el sentido de la historia cuando está enfocada desde la filosofía y la teología,
- comprender el sentido de la vida cuando contempla las figuras arquetípicas,
- comprender el presente no de manera mecánica sino porque logra hábitos de análisis y de crítica que puede aplicar al examen de la realidad en que vive.

La contemplación del arquetipo

En relación estrecha con el punto anterior, surge este otro que tiene que ver con la contemplación de las figuras paradigmáticas.

Existe y creemos que es fácil de constatar una necesidad humana de modelos o arquetipos que ayudan al hombre a superar lo cotidiano, a elevarse. Creemos también que es posible observar cómo la ruptura con todo paradigma no hace al hombre más libre sino que lo lleva a perderse en el océano de sus pasiones, de sus instintos. Esto hace que el hombre de hoy se vea desorientado, perdido, sin brújula mientras que la vida se le escapa velozmente –cada día más veloz– sin que pueda aprovecharla porque carece de sentido y propósito, de ideales y objetivos.

El creador de la logoterapia Viktor Frankl escribía hace algunos años en *El hombre doliente* que "la gran enfermedad de nuestro tiempo es la carencia de objetivos, el aburrimiento, la falta de sentido y de propósito. Al médico se le plantean hoy algunas cuestiones que no son de naturaleza médica, sino filosófica, y para la que apenas está preparado. Los pacientes acuden al psiquiatra porque dudan del sentido de su vida o desesperan de poder encontrarlo. El sentido no se otorga, sino que se encuentra". Y resaltaba el autor la importancia del papel de la educación en colaborar con el hombre que busca su sentido.

Los modelos arquetípicos, los santos, los héroes presentados al alma infantil y juvenil contribuyen en esa búsqueda de sentido. La búsqueda de modelos es algo natural en el alma del hombre. De allí que el niño necesite para ir formando su personalidad del ejemplo de sus padres, de quienes cree –durante la primera infancia– que no tienen defectos. Cuando crece, busca nuevos modelos. Si no los encuentra se va forjando ídolos. Esta, creemos, que es una de las causas del éxito de las revistas sobre vidas de famosos, o los programas de TV sobre los entretelones de la cotidianidad de los personajes de la farándula. Esa inclinación natural hacia los modelos, cuando no es satisfecha con

verdaderos paradigmas lo hace con ídolos a los cuales el hombre se somete. Por ejemplo, podemos constatar en la realidad hasta qué punto las figuras de gran fama y exposición mediática influyen en los gustos, modas, pensamientos, conducta, vocabulario y hasta enfermedades (bulimia, anorexia, drogadependencia) del público joven cuando los venera como ídolos. Estos son falsos modelos y por ello no llenan las apetencias humanas.

Los hombres, los jóvenes, los niños siempre necesitamos de modelos que nos insten a ser mejores, a creer en ideales sublimes. Una de las causas de la crisis en que vivimos es la falta de modelos, de ejemplos, de ideales sustituidos por falsos ídolos que no pueden elevarnos, que no pueden mostrarnos camino hacia ideales altos porque sencillamente no los tienen. Por el contrario, los verdaderos arquetipos ayudan a trascender el mundo de lo sensible y elevarse hacia lo superior. Es aquí donde la historia puede cumplir un papel muy importante en este sentido, religando al hombre con los héroes, presentando, sobre todo a los jóvenes que lo están reclamando, modelos donde poder mirarse para encontrar el sentido de la vida.

Cabe preguntarse acerca del significado de la palabra *arquetipo.* Si partimos del análisis etimológico de la palabra, diremos que proviene de dos vocablos griegos□ (arjé) que significa principio, origen y typos (typos) que quiere decir marca o golpe. Por lo tanto se entiende como un principio normativo, golpe o marca original. Así el arquetipo es un modelo original que impacta al hombre y lo atrae por su ejemplaridad. El filósofo griego Platón y su mundo de las ideas, implicaba esta noción de ejemplaridad. Para el filósofo las ideas “son lo que es”, “lo que funda”, el modelo, arquetipo o paradigma sobre el cual las cosas están construidas y hacia el cual las cosas aspiran. De este modo las cosas en un estado menos perfecto tienden hacia el deber ser, atraídas por amor al modelo ideal, que en el discurrir platónico es absolutamente real. El amor caracteriza el modo de ser de las cosas del mundo religadas entre sí por su aspiración a lo perfecto.

Lugar del arquetipo en la educación

Cuenta Platón en la *Alegoría de la Caverna*, en la *República*, la historia de unos prisioneros que jamás han visto la luz. La extraña historia que relata es comparada con el estado en que se encuentra la naturaleza del hombre sin la educación. Estos prisioneros no conocen la realidad sino a través de las sombras que ven reflejadas en la pared de la caverna. Luego relata lo que sentirían los prisioneros al ser liberados, la dificultad que implicaría la subida y el dolor que les causaría la luz. Creemos que pueden compararse esas imágenes, esos objetos que veían los prisioneros sólo en sombras en la oscuridad de la caverna y que progresivamente podrán ir contemplando primero reflejados en las aguas y luego de frente y a la luz del día, con la observación del paradigma. El arquetipo posee una fuerza que ayuda a elevarse del mundo de lo sensible al mundo de lo intangible, a la contemplación del Bien y la Verdad, a proceder sabiamente renunciando al mundo oscuro, a la prisión de la pura sensibilidad y elevarse al deber ser, a la región de las formas ideales. Por ello es tan importante el papel que desempeñan los arquetipos en el desarrollo armónico y unitario de la personalidad.

Los héroes no son hombres comunes. Como decía Carlyle, hay en el corazón humano “una peculiar e innata reverencia hacia los grandes hombres”. Por eso este autor creía que el culto a un héroe es admiración trascendente a un Gran Hombre y no hay sentimiento más noble en el pecho del hombre que esta admiración hacia otra persona más alta que nosotros[2]. Por eso Platón distinguía entre “los que no tienen en el alma ningún ideal claro” y aquellos “cuya tendencia a la virtud es como una semejanza con los dioses”. Son hombres que llevan “en su alma un modelo claro y puro” y así se convierten ellos mismos en modelo para los demás hombres.

José Martí, el gran poeta cubano, decía que “hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro, y cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres... Estos son los que se rebelan con fuerza terrible –continúa el poeta– contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarle a los hombres el decoro”. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos grandes hombres, héroes, para Martí, son en América: Bolívar, San Martín e Hidalgo. “Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan cuando su pueblo se cansa... Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad”[3]. No se trata de negar el protagonismo de los pueblos en el devenir histórico, pero tampoco pueden dejarse las grandes figuras que los han movido y conducido en el anchuroso río de la historia.

---

[2] CARLYLE, Tomas. *Tratado de los Héroes; de su culto y de lo heroico en la historia*. Barcelona, Luis Miracle, 1938, p. 46.

[3] MARTÍ, José, “Héroes” en: RICCOMI, Mónica y RICOVERI, Franco. *Lengua 8 E.G.B.* La Plata, UC@LP, 2002, p. 143-145.

Cabría entonces preguntarse ¿quién es el héroe? Max Scheler en *El Santo, el Genio, el Héroe* ha definido a este último como el representante y la encarnación de los valores vitales, que vive consagrado a lo noble, es un magnánimo que busca lo mejor de cada obra y la consumación de los valores eximios.

> "La voluntad tensa, la perseverancia, la seguridad, la impetuosidad, la pujanza, la plenitud y la disciplina son los atributos esenciales del héroe [...] estos dones le vienen de su espíritu y no de su contextura física, que en ocasiones, podrá ser frágil o débil, poniendo aún más de relieve los méritos del alma heroica. Es el hombre de la grandeza de carácter. Capaz del dominio y del señorío consigo mismo. Responsable de todo lo que lo tiene como protagonista, y por ello, agudamente realista [...] Su seriedad ética consiste en reconocer y en cumplir el orden jerárquico de los valores y en rechazar la vanidad y la ambición"[4].

El héroe es un hombre de una estatura especial, y en cierta forma

> "canalizador de las aspiraciones más profundas del alma colectiva [...] por eso despierta la adhesión de todos los que en la comunidad comparten esa alma colectiva y la repulsa de quienes se han desintegrado de la comunidad y por estar desintegrados ven en el héroe la amenaza de que sean evacuados los demonios de que están poseídos"[5].

Por eso hay que recuperar para la enseñanza la lección de valores que nos dejan los modelos, los arquetipos, los héroes. Porque los héroes no son hombres comunes. Son hombres que nos instan a elevar nuestra mirada, a descubrir los ideales por los cuales ofrendaron sus vidas. De allí el influjo que la contemplación del modelo ejemplar tiene de este modo en la conformación de una personalidad sólida e integrada. Así este rol que les cabe a los arquetipos en la integración de la personalidad puede compararse con el que desempeñan en la vida de las naciones cumpliendo una misión integradora de la sociedad, dándole cohesión y grandeza.

El arquetipo tiene el influjo sobre quien lo observa de presentarle de manera evidente el "deber ser" de las cosas. No porque sean hombres sin errores o padecimientos, sino porque son hombres capaces de sobreponerse a esas debilidades en procura de ideales nobles.

Conclusión

Creemos de gran riqueza recuperar la crítica chestertoniana de *Lo que está mal en el mundo*, para encarar una visión de la educación y de la enseñanza de la historia que considere:

1- La contemplación de las figuras señeras, arquetípicas, ejemplares que instan al alma humana a elevarse, nos obliga a tratar de escudriñar en los valores e ideales que movieron a los héroes y que motivaron a los pueblos. Cuando la historia renuncia a presentar estos modelos, la humana necesidad de paradigmas es llenada con falsos modelos o ídolos que no elevan porque no transmiten valores y por ello dejan un vacío en el alma.

2- El arquetipo con su influjo ejemplar de valores encarnados, virtudes vividas y debilidades superadas ayuda al desarrollo de una personalidad unida y a la adquisición de valores apreciados en las circunstancias concretas de la vida del paradigma, de virtudes que se han visto ejercidas de manera real en situaciones específicas y la superación de debilidades como en el ejemplo palpable del modelo contemplado. Tiene la fuerza que desde antiguo se otorga al ejemplo por sobre la palabra. Mientras las últimas convencen, los primeros arrastran.

3- El arquetipo no sólo es la encarnadura de un héroe, puede ser también la normatividad ejemplar de un pueblo. Así es esencialmente distinto plantear como caracteres básicos de una nación un cúmulo de defectos y debilidades que sólo pueden provocar la desidia y el desinterés por la comunidad a la que se pertenece, a plantearse como características básicas las mejores condiciones que dieron vida a la patria. Porque lo primero genera mera insatisfacción y rechazo, en tanto lo segundo reclama el compromiso con esos valores para mantenerlos, transmitirlos, acrecentarlos y/o recobrarlos.

Como escribe Chesterton el miedo al pasado es signo de la cobardía de nuestra época. Recuperarlo nos abre las puertas de las grandes realidades del pasado y sus figuras señeras.

---

[4] CAPONNETTO, Antonio. *Los Arquetipos y la historia*. Buenos Aires, Scholastica, 1991, p. 162.
[5] SQUIRRU, Rafael. *Leopoldo Marechal*. Buenos Aires, Ed.Cultura Argentina, 1961, p. 17.